



2. Ética y ciudadanía: el ser humano y la bioética, reflexiones desde la responsabilidad social y del otro.

Cesar Augusto Vásquez Lara 

Escuela Nacional del Deporte
<https://orcid.org/0000-0002-0327-6550>

Introducción

La bioética es una disciplina que quiere posesionarse en el ámbito académico, pues su relevancia para todas las disciplinas que tienen que ver con la vida así lo exige. La bioética es fundamental para los profesionales de la salud, pero no lo es menos para todas las profesiones, pues no podemos pensar ninguna la evite. En este sentido es fundamental elaborar un trabajo que dé cuenta de las necesidades y de los mitos que dieron origen a este saber, con el sentido de encontrar el significado y la legitimidad de la bioética en el ser humano.

Por ello, primero iniciaré con el concepto de lo humano; segundo miraré el compromiso de la humanidad con la bioética y tercero algunas implicaciones sociales del *homo bioethicus*.

De lo humano

Las reflexiones en torno al ser humano pueden darse desde varias dimensiones, por ejemplo: se puede pensar en la manifestación cultural del mismo, entonces, pensemos en lo antropológico; los estados mentales,

lo psicológico; el comportamiento humano de acuerdo con las normas morales, lo bioético; las interacciones de poder y la política. En este mismo sentido podemos hablar de muchas formas en que el ser humano se escenifica en la realidad dada.

No obstante, entre todas las formas de develarse el hombre en el mundo de la vida: lo antropológico, lo psicológico, lo bioético y lo político, debe existir algo que no varíe de disciplina en disciplina, debe haber algo *patente* en todas las circunstancias vivenciales en donde el actor principal sea el hombre; esto es, siempre habrá una constante, a esta patentidad la denominaré *lo humano*. Lo humano entonces, lo podemos entender como aquella categoría que abarca toda la realidad humana, aquello en lo cual el hombre se hace cada vez más humano.

Sin embargo, cuando pensamos en lo humano nos asaltan como mínimo tres dimensiones, en donde el hombre se legitima como tal; primero, el hombre como ese ente somático que se manifiesta en un ahora presente en tanto corporeidad cósmica, como un conjunto de músculos imbricados en un sistema óseo; segundo, como un ser animado, en este sentido el hombre es abordado como un fisio-sistema, autocontrolado y semiabierto en el mundo de la naturaleza fáctica, aquí podemos entender el hombre en lo humano como un ser somático que se extiende en el mundo con sus seudópodos para estar en los otros y en lo otro.

De acuerdo con esto el hombre es en un primer sentido una presencia corporal dada arrojada en la naturaleza de la percepción en forma de «armadura muscular». Y tercero, el hombre se manifiesta también como un ser animado, esto es, siente el mundo que se hace en él, en tanto localización de sensaciones. En este sentido el hombre es un contenedor de sensaciones, un procesador de energía en potencia en energía cinética.

En el primer caso tenemos una cosidad misteriosa en tanto sistema biológico, instrumento de la humanidad de exhibiciones eróticas, cuerpo transformado en biomecanismos antropoplásticos. Infinidad de condiciones esclavistas, en donde el cuerpo es lo dominado y la sociedad el amo. Lo humano visto desde esta perspectiva es un instrumento de las interacciones racionales. En el segundo caso el hombre es un ser vivo que se puede homologar con lo animal, es un móvil animado, se percata de lo

que es en la medida en que lo ve, toma distancia de lo percibido, se direcciona o se dirige en lo escuchado a lo originario del ruido, a la fuente del sonido, se hace límite entre lo no él y las formas del mundo de la naturaleza; se localiza como una huella en tanto lo que huele y lo que degusta. El hombre en tanto animado es un torrente de suscitaciones.

No obstante, el hombre no sólo se manifiesta en estas categorías: cósmica y animada, en la tercera dimensión de la humanidad, el hombre es tal, porque se sabe como presencialidad somática (cósmica) y como movilidad expresiva en el mundo. El hombre es tal, porque se sabe como agente que valora y es valorado en el mundo que lo devela y que él devela, pero, también, porque se sabe a sí mismo como parte de lo valorado. El ser humano es un texto que se lee a sí mismo y a la vez es leído por los otros egos. Esto es, el ser del hombre se manifiesta en la facultad consciente del sentirse en el mundo como una propiedad yoica y autocontrolada. En este sentido el hombre más que estar distante del mundo de la naturaleza se sabe distante de ella, se reconoce en lo que produce el sonido, se sabe un límite de su propio cuerpo y el yo que se manifiesta en él. El hombre es hombre porque se sabe habitado en sí mismo, porque es un ser espiritual y como tal es consciente de su ser relacional entre vida y normas, es un *homo bioethicus*.

Teniendo en cuenta esta limitación de sólo algunos problemas que se nos presentan cuando intentamos tematizar al hombre. Podemos decir que la paternidad de los dos primeros elementos, el hombre como un ser condenado a su ser biológico y el hombre como un ser animado, se fusionan en lo que podríamos llamar el hombre un ser de situaciones, como un ser bioethicus, esto es, como un proyecto. En este apartado, intentaremos mostrar este elemento que denominamos “ontología de lo humano, como el fundamento de la bioética” y para ello describiremos tres momentos: primero, el concepto de lo humano en el mundo de la vida; segundo, el ser temporal de lo humano como una exposición en el mundo de las vivencias y tercero, las dimensiones de lo humano en tanto ser y hacer en el escenario de la existencia.

Acerca de lo humano y el mundo de la vida.

Lo humano se despliega en un mundo de significados y estos son, precisamente, los que le dan el sentido a todo ser racional para participar de lo humano como paternidad en el mundo de la vida. En este sentido el mundo es entendido como un fondo de horizontes infinitos, el cual permanece ahí para la intuición sensible; no es necesario que la conciencia se dirija a lo existente para que sea. Estamos inmersos en el mundo, como mundo, de forma corporal; a su vez los objetos son para la conciencia de forma inmediata o mediata, sin ningún proceso mental elaborado; es inmediato en la medida en que lo real me es a la conciencia de una forma directa en un ahora, en un presente; pero el mundo se presenta escorzado a la conciencia en la medida en que ella se dirija a él, es decir, en la medida que se dirige la intencionalidad hacia su forma como bosquejo. Por ejemplo: el árbol que tengo al frente como exteriorización de la naturaleza “es” como manifestación física, obstaculizando con su presencia todo lo no existente en el mismo lugar, estrechando sus alrededores.

El mundo es el todo de las cosas, como consecuencia de todo lo que le fue dado, pero no directo a la conciencia, sino indirecto; es el contexto, o escenario en donde se da el árbol, pero además es todo lo infinito en extensión de lo lejos, percibido y por percibir, el mundo es en donde el hombre se sabe cómo humano.

Sin embargo, lo humano no cohabita este mundo solo, él también es «un suceso real» en el mundo, de tal forma que a la vez que un individuo se sabe a sí mismo en el mundo, él mismo es parte de otros que como él, son en el tiempo inmanente, en el tiempo intersubjetivo.

El mundo es ahí, y puede ser dado inmediato o mediatamente a la conciencia, en cuanto a la actitud natural del hombre, es más, el hombre en su estar siempre presupone lo existente, el mundo “es”; es el fundamento sobre el cual, consciente o inconscientemente, nos sabemos; todo acto en donde nos damos a una vivencia que sólo puede ser en el mundo en lo siempre ahí. Aunque cambiante, el mundo permanece en su mismo cambio.

El mundo en su ahí temporal permanece indiscutiblemente como un universo de cosas, él siempre es el presupuesto, lo pre-dado para cualquier

manifestación actuante del hombre, o lo que es lo mismo, la exteriorización de la naturaleza en sus diferentes formas de existir, es la base de todos los actos de la conciencia. El mundo sencillamente es, como correlación entre la conciencia y lo dado de la naturaleza, no puede haber un mundo para el cual un sujeto de conciencia no lo pueda vivenciar, así lo afirma Husserl en el texto de 1913:

Tengo conciencia de un mundo extendido sin fin en el espacio y que viene y ha venido a ser sin fin en el tiempo. Tengo conciencia de él, quiere decir ante todo: lo encuentro ante mí inmediata e intuitivamente, lo experimento. Mediante la vista, el tacto, el oído, etc., en los diversos modos de la percepción sensible están las cosas corpóreas, en una u otra distribución espacial, *para mí simplemente ahí*, “*ahí delante*” en sentido literal o figurado, lo mismo sí fijo la atención especialmente en ellas, ocupándome en considerarlas, pensarlas, sentir las, quererlas o no (Husserl, 1962, p. 64).

En este sentido el hombre cohabita el mundo, él mismo es mundo. No obstante, el solo estar corporal en el espacio no determina como tal el sentido de lo humano, lo humano solo se manifiesta en la facultad de que tiene todo hombre de saberse en el mundo, esto es, la facultad de auto determinación como dado en la naturaleza, en otras palabras de ser consciente en el mundo de la vida y ello no sólo en el estar sino en el hacer, en el observar, es decir, en el percibir el mundo; pero no el mundo fáctico, sino el mundo de los significados que la cultura teje para darle sentido a la existencia en la vida, a lo que existe ontológicamente, como son: las fantasías, los recuerdos y aún los recuerdos de los recuerdos, entre otros. Observando, percibo *yo* algo; de igual modo estoy yo en el recuerdo “ocupado” frecuentemente con algo; cuasi-observando percibo yo en las ficciones de la fantasía lo que pasa en el mundo fantaseado. O bien, yo medito, saco conclusiones, rectifico un juicio, en casos “absteniéndome” en general de juzgar. Llevo a cabo un agradarme o desagradarme, me alegro o estoy triste, deseo y quiero y hago; o también, me “abstengo” de alegrarme, de desear, de querer y de obrar. En todos estos actos estoy yo ahí, *actualmente* ahí reflexionando me aprehendo como el hombre que está ahí (Husserl, 1962, p. 189).

En lo humano el hombre se legitima como ser ontológicamente individual en tanto un ser de situaciones. La animalidad, no alcanza los límites de la inteligibilidad. No obstante todos los seres vivos conservamos una característica propia y es la forma de darnos en las acciones a la naturaleza, esto es prolongarnos en el mundo fáctico; en el caso de los animales no humanos, las acciones se manifiestan en la recepción de los estímulos, el mundo se le brinda a la corporeidad en forma de impulsos, lo que los seres vivos captan por medio de sus sentidos y que de una u otra forma asimilan para defenderse de los obstáculos naturales o de su condición natural, tales como: las inclemencias ambientales, en el primer caso y a suplir el hambre en el segundo; en este sentido las acciones son elementos que compartimos todos los seres vivos.

Las acciones en los animales no humanos se presentan en tres momentos (Zubiri, 1991, p. 23): primero la suscitación del momento de contacto entre lo dado de la naturaleza y la recepción, es lo que se denomina un estímulo; segundo, la afección, esta se manifiesta como la asimilación del estímulo por parte de los seres vivos; y tercero la respuesta, que se puede entender como la forma en que los animales reaccionan frente a lo suscitado, generalmente con un movimiento tónico, una expresión corporal.

De acuerdo con esto, los animales son sustantividades cerradas, esto es, sólo reciben estímulos del medio en el que viven y reaccionan con las mismas respuestas; los animales que no comparten lo humano solo viven de realidad en realidad, o mejor de estímulo en estímulo. Esta tesis es un poco atrevida, sobre todo con los etólogos, no obstante, la propuesta es sólo para caracterizar lo humano y poder ubicar la racionalidad dentro del mundo de la vida. Los animales no actúan moralmente y menos aún son conscientes de su responsabilidad bioética como lo son los seres humanos

Las acciones en lo humano se caracterizan por ser intencionales, esto es, ya no podemos hablar de simples formas de darse el hombre desde su condición corporal al mundo de lo material, sino de la situación que cobra forma cuando lo humano se da a una realidad; en este sentido ya no hablamos sólo de acciones sino de actos, puesto que este término lleva la connotación de la intencionalidad de la acción.

Tomando en cuenta este elemento, lo que les llega a las personas del medio y aún de sí mismas no son estímulos sino situaciones en forma de actos.

Los actos son vividos por la humanidad en tres momentos, similares a las acciones de la animalidad, pero en el caso de los seres racionales no son suscitaciones sino intelecciones, es decir ya no es un estímulo que suscita, sino una situación que se *intelige*; se asimila, no sólo es un algo que interviene en la corporalidad sintiente, sino toda una situación con sus causas y predicciones que se localizan en el ser humano. Inteligir el acto es comprender intencionalmente el porqué de su manifestación y el para qué del mismo, en este sentido los estímulos que en los animales son simples en la humanidad son complejos, son señales que son leídas por el sujeto inteligido tomando en cuenta que una señal sólo puede ser tal si existe una racionalidad que los interprete (Zubiri, 1986).

El segundo elemento del acto, que en lo animal llamábamos afección, en la humanidad pasa a ser sentimiento; esto significa, que lo humano no sólo es el receptor del estímulo, sino que además siente placer o displacer frente a la situación que lo afecta, esto es, lo humano no sólo siente, sino que además se sabe sintiendo, es consciente de la situación que le llega y la asimila con agrado o con desagrado. Y tercero, lo que en los animales se manifiesta como una respuesta a la suscitación y la afección, se convierte en volición, esto es, la base de la libertad, la voluntad, la disposición para actuar o no actuar frente a la situación específica que acaba de llegar a su corporalidad, porque se manifiesta como una realidad.

De acuerdo con estas diferenciaciones entre la animalidad y la humanidad podemos advertir que los seres racionales son sustantividades abiertos al mundo de la vida, al mundo de los significados; es más el hombre mismo se sabe cómo participe de esta humanidad, por ello, el hombre es libre, es autónomo, puesto que se sabe cómo un yo consciente que se apropia de las realidades, las hace suyas y además las transforma.

El hecho de ser una sustantividad abierta posibilita a los seres humanos la facultad de darse cuenta de su propio yo y de los objetos que habitan a su alrededor y que se brindan a la humanidad como esencias trascendentales y en tanto objetos intencionales. Al respecto afirma Merleau-Ponty:

“la visión de las esencias reposa simplemente en el hecho que, en nuestra experiencia hay lugar para distinguir entre el hecho que vivimos y aquello que vivimos a través de él” (Merlau-Ponty, 1989, p. 33); en otras palabras, el hombre no sólo siente lo dado sino que sabe sobre lo que se dio. Dice Antonio Perras parafraseando a Zubiri (1986): “no sólo tenemos la sensación de algo sentido, sino también de algo sabido” (p. 36), esto es, sensación e inteligencia.

En este sentido la bioética la podemos entender como la capacidad que tiene la humanidad de la responsabilidad, esto es de elegir entre lo correcto y lo incorrecto que en una primera instancia podemos tematizarlo de acuerdo con lo placentero o lo no placentero en la intelección; el gusto o el disgusto en los sentimientos y lo atrayente o lo adverso en la volición. De esta forma todo lo que es placentero, gustoso y atrayente, conforma un acto correcto y lo que lo que produce displacer, disgusto y aversión es un acto incorrecto. De aquí podemos afirmar que un acto bioético constituye un escenario en donde la humanidad se siente bien; sin embargo, esta es una primera aproximación ya que en estos conceptos (lo correcto y lo incorrecto o lo bueno y lo malo), también entra la moral, son más complejos de lo que aparentan. En lo que sigue vamos a mirar responsabilidades del homo bioethicus.

Del compromiso de la humanidad con la bioética.

Lo humano se consolida como el umbral que ha creado la evolución de la racionalidad para desterrar lo incorrecto de las interacciones humanas y darle significado y sentido a la convivencia humana en términos “normales”, esto es, mediante la competitividad, lo cual implica, como mínimo tres elementos: primero la conciencia del otro y de sí mismo con otro, segundo la responsabilidad frente a los usos de las nuevas tecnologías y tercero la crisis ambiental por la que está atravesando la naturaleza y por lo tanto la humanidad.

El reconocimiento del otro y de mí mismo como el otro del otro, implica que lo humano debe conducir a la conciencia de la interdependencia humana como la base de la consolidación de lo social. El individuo, como

ente independiente, no existe sino como creencia; la esencia de lo humano está en la intención de los sujetos que se exteriorizan desde su yo y se legitiman en los otros. Ser humano es ser desde los otros y con los otros, por esto la indiferencia es una de las peores anomalías o, si se quiere, una de las patologías sociales que hay que desterrar de mundo de lo humano, debemos inventar la vacuna contra el individualismo, que además es una enfermedad mortal y contagiosa y esto es responsabilidad de todos. En este sentido la responsabilidad bioética de la humanidad es muy grande.

No obstante, aquí hay que hacer una aclaración, cuando afirmamos que el individualismo existe como una creencia, esto no significa quitarles a los sujetos su condición de únicos e irrepetibles, esto sería absurdo. La creencia es en el sentimiento de individualidad, en la actitud de! hombre posmoderno de ignorar a los otros, de la indiferencia frente a los demás, en la actualidad se ha perdido la conciencia de la existencia del otro, el otro sólo existe en la medida en que sea útil, en la medida en que pueda ofrecer un beneficio, esto se refleja en todas las interacciones humanas. El baile, por ejemplo se escenifica solo, la soledad parece ser el estímulo de las nuevas generaciones, pero no es una soledad absoluta, pues el otro sigue existiendo como soñado en la imaginación de quien baila solo, de quien vive sólo, de quien presencia un atraco y sencillamente lo ignora, ignora el acto agresivo y sigue con sus fantasmas, con su sueño de los otros.

La existencia del otro es fundamental para la vida del individuo, es más, se es individuo sólo desde los otros, pues son ellos quienes nos conceden el privilegio de la particularidad, es desde los otros que el yo se puede ver como una persona, por esto el otro es mi extensión y yo soy la extensión de él y ambos somos extensiones de un tú y entre todos formamos la categoría llamado “nosotros”. Lo que le pasa a uno y otro o a un tú, por extensión me pasa a mí, por esto no podemos negar ni negarnos la existencia de los otros, ellos son tan importantes como lo soy yo para ellos. La humanidad es una sola y todos habitamos en el mundo de lo humano y como tal debemos ser conscientes de tal responsabilidad.

Quizá esta sea una de las tantas causas de la crisis moral por la que estamos atravesando en la época actual. Los adultos se quejan: «las cosas ya no son como en las épocas anteriores» y los adolescentes se quejan, porque “los adultos no los comprenden”; hay una brecha entre las nuevas generaciones

y las viejas, estamos asistiendo a una revolución social y, por lo tanto, a una revolución moral. Los valores que más cobran aprecio, son opuestos a los antiguos, la infidelidad, la desconfianza, la esclavitud a los medios de comunicación, el irrespeto, la intolerancia, la falta de diálogo, el apego a lo material; todas estas falencias negativas cobran fuerza en la actualidad: ¿será que hay que rescatar los valores antiguos? Esta pregunta se dificulta cuando caemos en la cuenta de que estamos luchando contra los significados sociales que más relevancia ha cobrado en las últimas décadas y que de alguna forma nosotros mismo construimos.

Vivimos en una crisis moral, esto se evidencia cuando analizamos el mundo de la vida, como escenario de las experiencias humanas, de las interacciones de las vivencias de las personas. Cuando vemos las cifras de los asesinatos en Colombia, cada año, generalmente asociadas a muertes violentas, más los atracos, las violaciones sexuales y de toda índole de delitos aunadas a la creciente corrupción ¿para qué inventamos armas si el fin no es extinguir al género humano de tierra? La crisis moral por la que atravesamos no es un secreto para nadie y lo que es peor estos elementos violentos están cobrando tanta fuerza en la vida cotidiana que su existencia ya no es extraña; esto es lo más peligroso, pues cuando un fenómeno pasa a ser normal, le es lícito a cualquier persona a nivel social así en el ámbito legal esté prohibido. Las vivencias violentas le están ganando la batalla a los fenómenos racionales, la animalidad se está imponiendo por encima de la humanidad.

Hay otro elemento que no es menos peligroso para la existencia de la humanidad y que causa la necesidad de la conciencia bioética; este elemento son los usos de las nuevas tecnologías, los avances tecnocientíficos. Podemos afirmar que en los tiempos prehistóricos el ser humano se adaptó a la naturaleza, en la modernidad los hombres transformaron el mundo físico en un mundo artificial y en la actualidad el hombre se transforma con el mundo; existe una búsqueda insaciable de conocimiento sobre el mundo, pero no sólo esto, lo que se conoce se tiene que transformar. La transformación de la naturaleza no es mala o incorrecta, lo malo son los abusos que el hombre hace de nuestro planeta y aún del universo. Sí es verdad que el planeta es un ser vivo sistémico autocontrolado, entonces la humanidad es parasitaria de la naturaleza.

Los productos científicos y las tecnologías, en sí, ellos en su implicación no son malos; los objetos no tienen esta connotación, la bomba atómica –lanzada sobre Hiroshima– no era mala, lo incorrecto es el uso que algunos gobiernos hicieron de ella. Los productos biotecnológicos no tienen conciencia, ellos en sí mismos no le hacen daño a nadie; es más, ellos contribuyen a la calidad de vida. No obstante, el poder que habita en los seres humanos hace que usemos estas nuevas tecnologías para destruir a parte de la humanidad y parte de la naturaleza. Los avances tecnológicos son a favor de la humanidad y de la naturaleza, es imposible rehusarse a vivir con la tecnología, ella le posibilita a la humanidad más felicidad, más tranquilidad, pero hay que poner cuidado con el uso que hacemos de ella, porque, así como puede suplir necesidades también puede acabar con la dignidad y con la vida misma

La ecología y el desarrollo sostenible son dos disciplinas que han aparecido para luchar contra estas actividades desenfrenadas de la tecnociencia la que pretende dejar a la humanidad sin su oikos, sin su hogar, sin la tierra. El fenómeno invernadero, la ruptura en la capa de ozono, la deforestación, la pérdida de especies animales, algunas patologías humanas; todos estos elementos son responsabilidad de la humanidad y la humanidad misma, entre otras especies la está padeciendo. El ser humano, tal vez, –y preferimos pensarlo así–, inconscientemente está acabando con el planeta; la irresponsabilidad frente a la vida no humana, el abuso de la naturaleza, son elementos frecuentes que se caracterizan por los fines económicos; el dinero paso a ser un fin, se niega su condición de medio para vivir y se ha sacralizado, será que en el futuro podremos pedir a la carta un menú de billetes; esto es absurdo, primero es la vida en general, el respeto a lo orgánico, pues la humanidad como un ente más de la vida sólo puede subsistir en ese gran sistema que se llama vida, la humanidad no es más que una parte de ella y la parte más cancerígena de la vida misma, si la humanidad desaparece, a la vida, a la naturaleza no le pasa nada. El problema ambiental es producto de la máxima egolatría de la humanidad.

Sobre las implicaciones sociales del homo bioethicus.

Hasta este momento hemos elaborado la reflexión sobre la condición ontológica del homo bioethicus, lo mismo que las causas y las consecuencias del mismo. En lo que sigue intentaremos tematizar algunos conceptos del ser de la bioética y su compromiso social; la bioética intercede en la forma como los individuos y en general todo lo vivo, actúa sobre el mundo y entre ellos mismos. Así, podemos pensar que la forma como un profesional de la salud interviene en un cuerpo para “curarlo”, cómo lo cura, en que investigaciones se fundamenta el profesional para curar, ¿cuáles son las posibles consecuencias de la cura?, son problemas que pueden ser abordados desde la bioética, pero hasta aquí solo hay una intervención, por decirlo de alguna forma, asistencial a la conservación de la vida o a mejorar la calidad de la misma. Pero podemos pensar en otra responsabilidad del profesional de la salud, en caso en cuestión, el “cuidar”, este elemento no implica solamente un tratamiento técnico con un ser humano sino una actitud personal frente a la vida misma, la dinámica entre el curar y el cuidar es la misma dialéctica que hay entre lo biológico y lo social; pero esto no es suficiente para acercarnos al concepto social de la bioética, hay también que tematizar el significado que esta disciplina tiene para la humanidad, pues, en últimas son los significados los que hacen que las realidades sociales existan. Por ello en lo que sigue vamos a intentar, por una parte, mirar el concepto del cuidar en un sentido general y por otro lado el significado de la bioética y sus incidencias en el mundo social.

Parece ser que por instinto los seres vivos se cuidan a sí mismos, por lo menos corporalmente; el autocuidado parece ser una condición natural a todos los seres de la naturaleza, pero el cuidado de los demás, del alter ego es una condición racional, es una cualidad que se construye socialmente en el estar con los otros y en la conciencia de la existencia del otro. En lo que sigue vamos a intentar defender esta tesis: todos los seres vivos por el solo hecho de ser orgánicos poseen un instinto de conservación, este término implica una conciencia temporal: el saberse en el después y por lo tanto cuidarse en el ahora vivido para estar bien en el futuro próximo. En otras palabras poner en práctica unas normas incipientes o elaboradas en el presente para permanecer estable en el futuro; si comparamos este elemento con la etimología de la bioética caemos en la cuenta que son el mismo concepto, vida y normas, prevenirse con unos parámetros, para conservar

la vida; el autocuidado es la primera forma de bioética que existe en los seres orgánicos en general.

No obstante, cuando pensamos en la humanidad a diferencia de los animales hay que decir, como lo mostrábamos en la primera parte de este trabajo, ellos no se saben a sí mismos como sí lo hacen los seres racionales. Esto significa que los animales se autocuidan de una forma instintiva, mientras que los seres humanos, sí bien lo hacen de forma instintiva también lo hacen de una forma consciente, es decir además de prepararse en el ahora vivido para el mañana, saben que se están preparando en cada momento, que cada ahora vivido es una preparación para en después, que la vida es un continuo cuidarse de su condición orgánica, lo cual hace de la humanidad un ser débil frente a la naturaleza.

Ahora bien, el autocuidado no sólo es en el sentido biológico, los seres humanos también tenemos el compromiso de cultivarnos a nosotros mismos, como entidades ontológicas, esto es, como seres anímicos, o sí se quiere como seres espirituales; la moral hay que cultivarla todos los días, con el fin de conseguir una vida digna. Este elemento no tiene nada de instintivo, este autocuidado moral es una característica de la racionalidad y nada más que de ella. El cultivo moral de sí implica perseverancia, paciencia, es un camino que no es fácil de constituir para uno mismo, pero que tiene su instrumento como las tecnologías del yo, como las que acabamos de nombrar y que se manifiesta con vivencias a las cuales se expone la humanidad, en donde debe existir la economía del placer, la selección de las situaciones, el autocontrol o la autonomía, entre otros. En este sentido la bioética se manifiesta especialmente en la responsabilidad que cada individuo tiene consigo mismo.

El cultivo moral de sí mismo es la base para el cuidado de los demás, sí yo soy consciente de mis debilidades como un ser con emociones, con anhelos y *si* además soy consciente, el otro es por extensión otro yo, entonces el otro como yo también necesita cuidado y yo estoy en la responsabilidad de ayudar a los demás en su cultivo de ellos mismos, pues haciéndolo me estoy cuidando y cultivando a mí mismo. Uno de los primeros compromisos sociales de las personas es cultivar la racionalidad moral desde los otros como extensión desde mí mismo.

La otra responsabilidad bioética que anunciábamos al principio de este apartado es la fuerza de los significados. En realidad, no hay nada logrado si estos signos no cobran peso para la humanidad, los significados les dan realidad a actos en cada una de las épocas. Podemos decir que la bioética aún no ha ganado el terreno que le corresponde dentro de la cultura colombiana, aun teniendo en cuenta que la lucha por la integralidad de la vida, es una constante que pesa mucho en nuestra cultura, lo cual en últimas es la bioética, pero el termino como tal es nuevo. Hay que empezar a producir argumentativamente sobre esta disciplina si queremos lograr una realidad consciente que tenga repercusiones en el medio en donde vivimos.

Podemos concluir este acápite diciendo que la conciencia del otro y la reflexión sobre la crisis moral, lo mismo que los avances científicos y las catástrofes ambientales, son las causas y los compromisos del homo bioethicus. Son las causas pues son ellas quienes han hecho caer en cuenta a la humanidad de su peligro en la conservación de la vida y de la vida con calidad. Y son los compromisos puesto que está en las manos de la humanidad velar por el bienestar humano desde estos elementos.

Conclusiones

El hombre como un ser condenado a su ser biológico y el hombre como un ser animado, se fusionan en lo que podríamos llamar el hombre un ser de situaciones, como un ser bioethicus, esto es, como un proyecto y dentro de la “ontología de lo humano, coma el fundamento de la bioética”. Para ello hay tres momentos: primero, el concepto de lo humano en el mundo de la vida; el ser humano es un homo bioethicus, porque, por una parte, no sólo es un ser corporal cósmico y un ser animado, sino porque se reconoce como tal, es decir, no sólo es, sino que se sabe siendo; este elemento lo separa de los animales, lo eleva por encima de ellos.

Segundo, el ser temporal de lo humano como una exposición en el mundo de las vivencias; el ser humano no sólo interacciona con el mundo, sino que lo interpreta, actúa sobre él y se transforma con él, el ser humano es un ser de situaciones y la bioética es un acto de tales situaciones. En esta medida los seres

humanos reconocen lo correcto de lo incorrecto y por ello pueden elegir, esto es ser responsables de lo humano en tanto constructo, producto de la racionalidad de las personas.

Y tercero, las dimensiones de lo humano en tanto ser y hacer en el escenario de la existencia; para ello, los humanos tenemos el compromiso de cultivarnos a nosotros mismos, como entidades ontológicas, esto es, como seres anímicos, o sí se quiere como seres espirituales; la moral hay que cultivarla todos los días, con el fin de conseguir una vida digna. Este elemento no tiene nada de instintivo, este autocuidado moral es una característica de la racionalidad y nada más que de ella. El autocuidado moral de sí implica perseverancia, paciencia; es un camino que no es fácil de constituir para uno mismo, pero que tiene su instrumento como las tecnologías del yo, como las que acabamos de nombrar y que se manifiesta con vivencias a las cuales se expone la humanidad en donde debe existir la economía del placer, la selección de las situaciones, el autocontrol o la autonomía y de esta forma se da un sentido la bioética, la cual se manifiesta especialmente en la responsabilidad que cada individuo tiene consigo mismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ferraz Fayó, A. (1991) *Serie Historia de la Filosofía*. Madrid: Cincel.
- Gracia, D. (2001) *Introducción a la bioética*. Bogotá: Ed. El Búho.
- Gracia, D. (2001) *Ética de los confines de la vida*. Bogotá: Ed. El Búho.
- Gracia, D. (2000). *Fundamentación y enseñanza de la bioética*. Bogotá: Ed. El Búho.
- Husserl, E. (1962) *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenología*. México: F.C.E.
- Lolas, F. (2006) *Investigación en salud dimensión ética*. Chile: Universidad de Chile
- Merlau-Ponty, M. (2003) *El mundo de la percepción*. México: Fondo de cultura económica.
- Merlau-Ponty, M. (1986). *El ojo y el espíritu*. Barcelona: Ed. Paídos.
- Merlau-Ponty, M. (1989). *La fenomenología de las Ciencias del Hombre*. Buenos Aires: Ed. Altaya
- Segreccia, E. (1995). *Los desafíos de la bioética*. Bogotá: Universidad de la Sabana: Hoy.
- Tealdi, J. C. (2008) *Diccionario latinoamericano de bioética*. Red latinoamericana y del Caribe de Bioética. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vasquez Lara, C. A. (2001) La ley 100 y sus implicaciones morales. En *Nova et Vetera* No. 45 octubre-diciembre.
- Vasquez Lara, C. A. (2004) *Charlas y reflexiones sobre la filosofía: Capítulo sobre fenomenología y ética*. Vanegas, Jose Hoover. Universidad Autónoma de Manizales. Inédito
- Vidal, M. (1989) *Bioética: estudios de la bioética racional*. Madrid: Tecnos.

Ética y ciudadanía: el ser humano y la bioética, reflexiones desde la responsabilidad social y del otro

Zubiri, X. (1986). *Sobre el hombre. Sociedad de estudios, publicaciones*. Madrid: Alianza editorial.